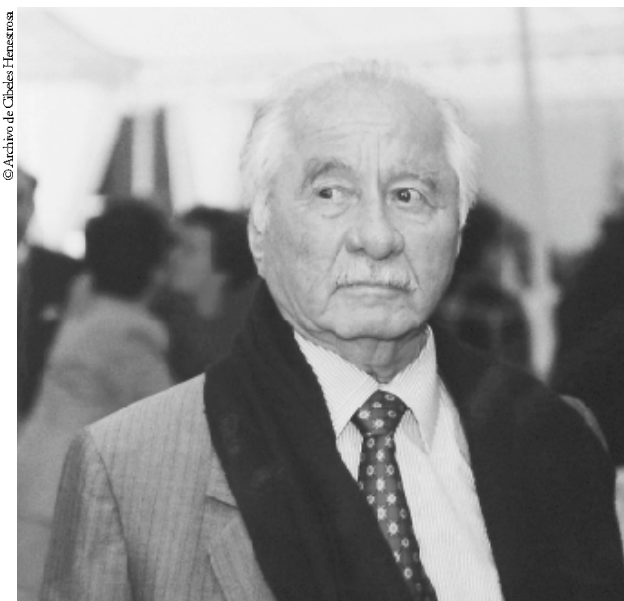


Al encuentro de Andrés Henestrosa

Jacobo Zabludovsky

Pocos escritores en nuestro país han alcanzado, como Andrés Henestrosa, los cien años. El periodista y escritor Jacobo Zabludovsky aborda algunas anécdotas del entrañable autor oaxaqueño, una de las joyas vivas de la literatura mexicana.



Andrés Henestrosa

Si quiere encontrar a Andrés Henestrosa búsquelo en San Ildefonso, esa calle tan corta en pasos y tan larga en historia. Lo hallará entre los fantasmas y la leyenda,

metido en cuentos y apariciones con aquellos estudiantes que intentaron evitar en 1929 el extravío de la revolución y la ruina de la mística. Ahí encontrará al adolescente recién bajado del tren a la ciudad de los tiempos azules, a otro mundo que intenta descubrir. Búsquelo entre las sombras de Antonieta, de Frida, de Elvira, de Adelina y de Pita, la frágil licenciada Vidriera que no se dejaba tocar, temerosa de quebrarse. Déjelo recoger las palabras perdidas de quienes apostaron todo a Vasconcelos y todo lo perdieron. Estarán con él Germán del Campo, los hermanos Magdaleno, Salvador Azuela, Alejandro Gómez Arias, Herminio Ahumada, Andrés Iduarte, Juan Bustillo Oro, Manuel Moreno Sánchez, Abraham Arellano, Baltasar Dromundo, Ciriaco Pacheco Calvo. Lo verá como es, de tezontle y cantera, a imagen y semejanza de la calle donde la Universidad obtuvo su autonomía y México perdió su oportunidad.

Vendrá sonriente si es temprano en la mañana, cubierto de besos frescos de las meseras de El Patio de los azulejos. Tal vez habrá pasado ya por su biblioteca per-

sonal de la calle de Motolinía. Déjelo hablar de las doncellas que lo atienden en sus castillos, de las cómplices de sus amoríos, de sus memorias de alcoba y de sus andanzas de mujeriego socarrón. Llegará un momento en que usted tendrá que preguntarle a qué hora le dejaron tiempo para escribir tanto como ha escrito, si más tardaba en levantarse que en volverse a acostar, además de sus libros, de más de veinte mil artículos y poemas, canciones y corridos. Alcáncelo antes de que se pierda al azar por las calles de Argentina o de Guatemala en busca de un café de chinos, comparta con él el placer de caminar y perderse, de regresar a la cantina, de evocar a sus amigos muertos.

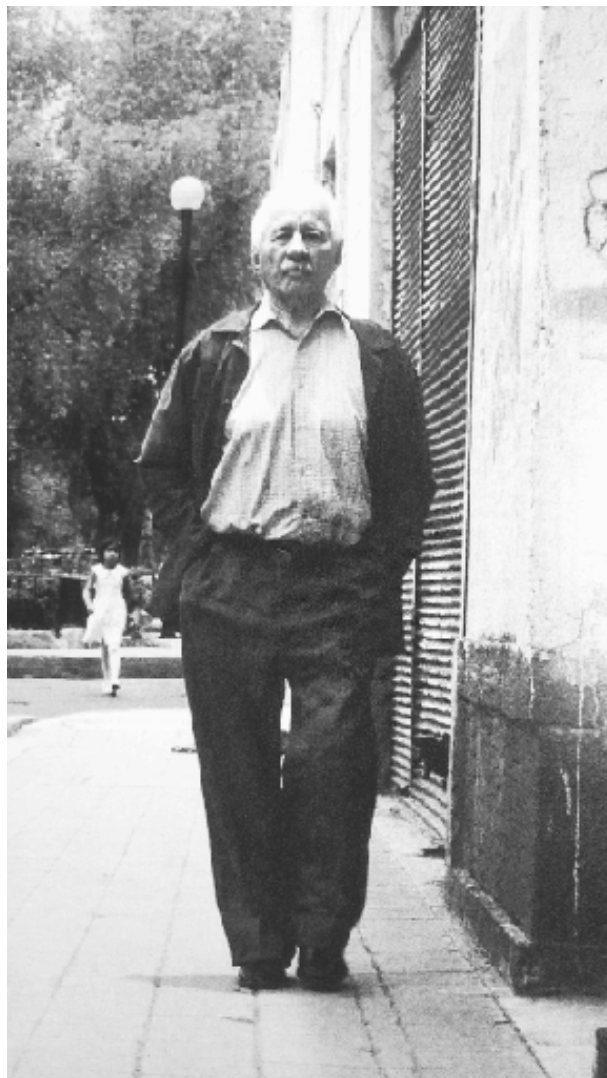
Todos muertos. Diego, Orozco, David, Rufino, doctor Atl, Montenegro, Rodríguez Lozano. Y escúchelo hablar con Pedro Rendón, el último loco del barrio, astrólogo, poeta, pintor y, claro, candidato a la presidencia. ¿Último loco dije de Pedro Rendón? No, el último loco nació a mediodía, la hora en que vienen al mundo los locos. Según Adolfo Castañón, ese 30 de noviembre de 1906 su madre lo parió con prisas. Cuando su padre llegó con la comadrona, Ma rtiniana ya le había cortado el ombligo con la mano del metate.

Sígale los pasos y conocerá sus viejas querencias, Porrúa y Robredo, las librerías de viejo y usado en Argentina, Guatemala, Donceles, la Secretaría de Educación y su escuela Normal. Quizá llegue a la calle de Bolivia donde vivió en una vecindad poblada por la noche de maullidos de gatos y de gatas; le dirá Andrés: “sobre todo de gatas, cuyas quejas, lamentos, llamados, pude conocer y traducir en todos sus significados”.

Lo llevará al taquito y lamentará la ausencia del café de Alfonso, frente a la Facultad de Derecho o del Prendes, pero se consolará en la Ópera o en El gallo de oro. Todos los lugares son suyos, el Danubio y Las cazuelas y todas las plazas son sus asientos. Indianilla y Los agachados.

Si lo encuentra por la tarde, cuando el sol levanta la sombra de la Preparatoria sobre la miscelánea La pachuqueña y la vieja Escuela de Jurisprudencia enciende alguna luz, no se aleje mucho de él. Seguirá siendo, cuando la oscuridad lo confunda con su propio recuerdo, el vecino más cómodo de esa calle. En la oscuridad escapará, volverá a su hornacina que lo espera en cada esquina para esconderse en otra noche secreta. En uno de esos nichos esquineros tendrás, Andrés, tu tumba si quieres, cuando te quieras morir. Pero no hay apremio. Se equivocó la húngara que marcó tus años en seis veces catorce. Tú aspirabas a seis veces quince. Hoy cumples diez veces diez y aún hay sol en las bardas.

Ha sido cronista de la ciudad. Al fin Henestrosa es apellido también del Ma rqués de Santillana y de los dos Garcilasos. Protagonista y caminante, uno más como cualquier otro. Su vida es el conjunto de sus obras y cuando el ruido de sus pasos deje de escucharse en San Ilde-



© Archivo de Andrés Henestrosa

fonso algunos sabrán, gracias a él, cuánto amor hizo caber en tan pequeño espacio.

Querido Andrés: conservo entre mis libros algunas primeras ediciones, volúmenes conmemorativos o raro de tu obra extensa y diversa. Acudo con frecuencia a esas páginas para aprender, recordar y disfrutar otra vez. Encuentro muchos volúmenes dedicados. En uno me llamas “constante lector y amigo”. En otro: “Más que mi historia mi leyenda. Enríquela. Un cariñoso abrazo”. En tu rara excursión por el Museo Nacional: “A Jacobo, con cariño de siglos” y en *Carta sin sobre* “con renovada amistad y nuevo cariño”. En *Los hombres que dispersó la danza*: “Cada día más amigo”. Y en una biografía que de ti hace Adán Cruz Bencomo: “ésta no es mi historia sino mi leyenda, mi mito, mi fábula, lo que quisiera ser...” tu letra, Andrés, se hace ilegible, espero que hoy tú mismo me la leas porque en este caso, como en todos, tus ideas son mucho más brillantes que tu caligrafía. En la última palabra de esta dedicatoria recuperas la capacidad de hacerte leer: “cariñosamente”. Lo mismo te digo hoy cuando cumples cien años: cariñosamente recibe el amor fraternal de quien te admira y te respeta: el más humilde de tus amigos. **U**